

## NIXON EN PEKÍN

JORGE ALBERTO LOZOYA

*El Colegio de México*

PRECURSOR de la modernidad, Alexis de Tocqueville certamente apuntó que los pueblos democráticos prefieren aceptar fórmulas vagas, conceptos un tanto difusos, a adentrarse en una concepción estricta de su realidad política. Lo que el ilustre viajero tal vez percibió fue la populización de la conciencia política, fenómeno universal en cuyos albores le tocó vivir. La opinión política dejaba en esos días de ser patrimonio de unos cuantos privilegiados; primero habían sido aristócratas o clérigos, posteriormente burgueses y mercaderes. Ésta es quizá la vocación libertaria característica de las sociedades actuales, independientemente de que definan su democracia en relación a un sistema de producción capitalista o a estructuras económicas fundadas en principios teóricos marxistas.

La vulgarización de la cultura política, uno de cuyos mejores índices resulta ser el sufragio universal, se vio fuertemente apoyada por el desarrollo de la imprenta de tipo móvil. El surgimiento del libro, no ya como objeto ritual o sacrosanto, sino como mero instrumento de *información*, es paralela a la destrucción de las estructuras políticas cimentadas en fueros o privilegios para grupos minoritarios.

La prensa cotidiana a partir del siglo XIX constituye el siguiente paso hacia la democracia del juego político al rechazar, al fin de la primera guerra mundial, la política de tratados secretos y "acuerdos entre caballeros" tomados a espaldas de las masas populares. Para finalizar, la influencia del radio en este proceso de masificación no ha recibido la atención que merece debido tal vez a la yuxtaposición tan prematura de la televisión, que vino a revolucionar la escena política.

En la actualidad, resulta un lugar común incluir la presencia de la televisión en los más importantes fenómenos políticos. En los Estados Unidos este hecho es especialmente claro; en las dos últimas elecciones presidenciales, las campañas que les precedieron serían incomprensibles sin el conocimiento de la escenografía trazada por la industria de la televisión.

En los primeros días de marzo de 1972, se inauguró una nueva época para la compleja relación "medios de difusión-proceso político". El viaje del presidente Richard Nixon a la República Popular China es el hecho que abre esta nueva etapa. Como nunca antes, cada paso en el acercamiento entre los representantes de los dos gigantes contemporáneos fue previsto, diseñado y ejecutado para ser presenciado por millones de seres en todo el planeta, a través de sus pantallas. Por medio del protocolo, la técnica teatral se ha vinculado siempre a la solemnidad política. La presencia del gobernante estadounidense en Pekín marca lo que, en buena medida, constituye una supremacía del protocolo sobre el hecho político, de la forma sobre el contenido.

En el módulo que debió normar la proyección televisada seguramente intervinieron un sinnúmero de variables, entre las que destacan las siguientes: democracia-comunismo; occidente-orienté; amistad-recelo; guerra-paz; vejez-juventud; lo autóctono-lo extranjero.

Todos los matices proyectados en la pantalla tenían que situarse en el espectro que produce cada una de estas polaridades. Había que condescender sin ceder; acercarse guardando las distancias.

Un sociólogo norteamericano dijo alguna vez que la mayoría de los virajes drásticos en la vida política de su país, habían sido decididos por gobiernos republicanos. Lo anterior se debe a que dada su imagen conservadora, el cambio de posición difícilmente puede ser identificado con una traición a los valores más tradicionales de la sociedad estadounidense. En el caso del acercamiento a China, la aseveración funciona dado que por su propia biografía es dudoso que alguien se atreviese a calificar al presidente Nixon

de elemento procomunista. Se confirmó así la paradoja de que la derecha pueda con mayor facilidad encontrar un camino meridiano entre los extremos del módulo mencionado.

Los occidentales se han apresurado a declarar que la manipulación de la opinión pública en los países socialistas quedó una vez más demostrada con la forma en que, casi de la noche a la mañana, el pueblo chino pudo oficialmente pasar del odio a la sonrisa hacia los gobernantes de los Estados Unidos. Sin negar este fenómeno, hay que observar también la respuesta paralela en los países capitalistas. Las montañas de papel impreso con propaganda, las consignas difundidas durante años por el sistema educativo, casi se nulifican ante el efecto de unas cuantas horas de imagen televisada. Con el ritmo tan magistralmente manipulado por el cine norteamericano, vimos en imágenes sucesivas, cortas en el tiempo y profundas en el impacto, a Mao Tse-tung bromeando con Kissinger, a Richard Nixon todo amabilidad con Chou En-lai y a la señora Nixon conversando con las cocineras. Cuando los personajes centrales de la historia aparecían, se hizo a un lado la sensación de poderío (reservada a imágenes de limousines y guardias de honor, como para recordarnos que el momento tiene también sus implicaciones militares), sin abandonar por esto una solemnidad elegante y en esencia profundamente democrática, sea que se entienda la democracia según Pekín o según Washington.

Los extremos parecen juntarse; los poderosos se acercan en un espectáculo solemne y sencillo, producido exprefeso para el consumo satisfecho de la mayor parte de la humanidad. Los espíritus demasiado refinados pueden acusar a ese momento histórico de populachero, pero la conciencia histórica de la época acepta que la entrevista Nixon-Mao es un paso más en la difícil democratización del fenómeno político.